LUIS REED TORRES

MISCELANEA BELICA

(CAPÍTULOS Y PERSONAJES OLVIDADOS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL)

México, 2000



55 30 83 28

Primera Edición
Limitada

Impreso en México
Printed in Mexico

Pedidos:
Humboldt #5
Col. Tabacalera

Tels. 55-10-26-79
55-10-27-39

PRÓLOGO

Prologar un libro del licenciado Luis Reed Torres es una tarea agradable y honrosa. El autor de esta obra es, además de un distinguido profesional del periodismo, un dedicado historiador no sólo de temas bélicos internacionales, sino de la Historia de México. Ha publicado varias obras sobre aspectos muy interesantes y desconocidos de nuestra Historia, con una gran característica no común en nuestros días: la verdad, la verdad histórica desprovista de mitos y mentiras que tanto han dañado a nuestro país. La suya no ha sido una tarea fácil, pues desgraciadamente en las últimas décadas se ha creado toda una histografía oficial, muchas veces carente de rigor científico, que ha inventado caudillos donde no los hay; por eso es doble el mérito de Reed al tratar de mostrar al pueblo lector de México lo que es la verdadera historia de nuestro país.

Ahora aborda un tema por demás subyugante: una serie de episodios extraordinarios de la Segunda Guerra Mundial, de la cual se ha escrito mucho pero nunca termina de agotarse, ya que este terrible conflicto cambió el destino de la humanidad; y hoy, más de cincuenta años después, sigue siendo un tema profundamente atrayente para los historiadores e investigadores, para los sociólogos y los psiquiatras, y en fin para todo el orbe que sufrió y sigue sufriendo los devastadores sucesos y consecuencias de la guerra.

Este libro, por demás emocionante, se inicia con una de las mayores hazañas navales de su época: la entrada en la Bahía de Scapa Flow, donde se encontraba el grueso de la flota británica, el orgullo y el arma decisiva del orgullosos Imperio, Ahí penetró el submarino U-47 al mando del teniente Prien. Este hecho heroico y profundamente audaz esta excelentemente narrado por el autor.

Y así continuamos con una de las decisiones más cargadas de Destino: la orden para detener a los panzer en Dunquerque, lo que cambió la historia de la contienda. ¿Por qué Hitler dio esa orden, fatídica para él? En nuestros días hay muchas explicaciones, pero Reed aborda el tema con un profundo conocimiento de la historia de ese suceso. Posteriormente leemos las increíbles hazañas del coronel Rudel, quien incluso inválido siguió volando y al que hubo que crearle una condecoración especial por su valor extraordinario y excepcional.

Surge también el atentado fallido contra el Mariscal Rommel, llevado a cabo por el hijo de uno de los más famosos héroes navales británicos: Sir Roger Keyes, y que se tradujo en una falla tremenda de la casi siempre precisa inteligencia británica.

Igualmente vemos desfilar en estas páginas la vida breve y extraordinaria de "La Estrella de Africa", el capitán Marseille, un virtuoso de la aviación de caza como lo fue Erich Hartmann, del que no hubo en toda la historia de la guerra, en ningún bando, nadie que lo sobrepasara. Fue verdaderamente un as.

Después Reed nos describe con pluma maestra uno de los capítulos más oscuros de la guerra: la matanza de Katyn,

donde fueron eliminados un gran número de oficiales del ejército polaco e intelectuales de ese país, por orden del malvado Stalin.

Y no paramos en ejemplos extraordinarios: el rescate de Mussolini en el Gran Sasso por el extraordinario comando Otto Skorzeny. Una hazaña que nos parece increíble, pero que para Skorzeny y su puñado de valientes no lo fue.

Luego leemos las aventuras, que incluso han sido llevadas al cine, del extraordinario albanés Bazna, quien siendo ayudante de cámara del embajador inglés en Turquía, logró penetrar en algunos de los secretos mejor guardados del Imperio Británico, pero cuyas revelaciones no fueron creídas por Hitler y el Alto Mando Alemán, a pesar de que pudieron cambiar el curso de la guerra en forma favorable al Eje.

Aparece también el fracaso de Arnhem, "un puente demasiado lejos", como dijera en su momento un general británico, y que constituyó un gravísimo fracaso para las tropas paracaidistas británicas que hoy todavía llevan un cintillo negro en honor de los muertos en Arnhem.

La impetuosa ofensiva de las Ardenas, "la batalla del Bolsón", el último intento de iniciativa de Hitler en el frente occidental, es descrito por el licenciado Reed con su brillante pluma.

Asimismo, se incluye un extraordinario capítulo de los últimos días del otrora poderoso Adolfo Hitler, el modesto cabo austriaco que llegó a convertirse en canciller del orgulloso Reich Alemán, y en el que se nos describe su etapa final, cuando el "bunker" de la Cancillería era impactado por los

cañonazos de la artillería soviética. Estos son sin duda momentos cruciales de la historia de la Humanidad.

El capítulo referente al jugoso botín asiático para los soviéticos, es algo por demás dramático, pues casi sin combatir en ese teatro de operaciones, la Unión Soviética se vio posteriormente dueña de vastos territorios.

Luego penetramos en el increíble mundo del espionaje, donde un grupo de idealistas, muchos de ellos fanáticos del comunismo, arriesgaban sus vidas en su afán de lograr éxitos para la cuna del comunismo.

Ahora nos interiorizamos, llevados de la diestra mano de Reed, en recónditos asuntos como la posible esterilización germana, para pasar luego al gran drama de haber entregado los aliados a casi 30 países al yugo soviético. Tendrían que pasar casi 50 años para que cayera el oprobioso Muro de Berlín y aquellas naciones recobraran su libertad.

Para terminar, el autor aborda un tema apasionante que se refiere a los máximos exponentes del comunismo: el judío-alemán Marx y el inglés Federico Engels, tan reverenciados por algunos mexicanos a pesar del manifiesto desprecio de aquellos por nuestro país.

Con esto termina este brillante y apasionante libro escrito por Luis Reed, que sin duda alguna ilustrará y aclarará muchos puntos oscuros de la Segunda Guerra Mundial y que a estudiosos y legos nos volverá a enseñar grandes lecciones de aquellos hombres que pelearon y dieron sus vi-

das por sus países en ese gigantesco drama que fue la Segunda Guerra Mundial.

Estoy seguro que este libro será un notable aporte a la muy extensa bibliografía sobre ese drama.

Nadie podría haberlo escrito en forma tan destacada como Luis Reed Torres.

*

* El General de División Luis Garfias Magaña, sin duda el más prestigiado historiador militar contemporáneo en nuestro país, es Diplomado de Estado Mayor con estudios de posgrado en el extranjero. Ha sido catedrático de diversas materias en la Escuela Superior de Guerra y en el H. Colegio Militar, agregado militar adjunto en la embajada de México en Washington, director de Archivo e Historia en la Secretaría de la Defensa Nacional, comandante de la vigesimotercera zona militar, Embajador de México en la República de Paraguay, Presidente de la Comisión de la Defensa Nacional en la Cámara de Diputados, etcétera, Es autor de buen número de obras históricas (La Revolución Mexicana, La Intervención Francesa en México, Verdad y Leyenda de Pancho Villa y otras), y actualmente es Coordinador de la Comisión Especial de Estudio Para las Fuerzas Armadas, del Partido de la Revolución Democrática (PRD). Asimismo, está en posesión de varias condecoraciones nacionales y extranjeras.

Palabras Preliminares

Independientemente de ideologías, el acto heroico tiene un valor por sí mismo. Va más allá del instinto de conservación; más allá del deber; más allá de lo verosímil. Es como un testimonio de que existe la nobleza humana, a despecho de todo lo que se contempla a diario.

Pilotos que se entrecruzan en los cielos como meteoros en combate... Submarinos que acechan a un gigantesco acorazado y que a su vez se sumergen con estallidos mortales a su alrededor. Paracaidistas que descienden sobre riscos para liberar a Mussolini...

Y a la vez, el reverso de la moneda: gélidas órdenes para liquidar a 22,000 hombres por el "delito" de no ser "asimilables"; las envidias entre jefes de un mismo bando y la consiguiente pérdida de una magna batalla; un plan minuciosamente calculado, pero que naufraga ante lo imprevisto.

En fin, XV capítulos que integran el libro **"Miscelánea Bélica"** (Capítulos y Personajes Olvidados de la Segunda Guerra Mundial), del licenciado Luis Reed Torres.

No hay en esta obra ni una frase que sea fantasía. Todo es rigurosamente cierto y así se justifica que la realidad suele superar a la imaginación.

Luis Reed Torres tiene la virtud de no ser historiador de lo obvio. Su especialidad es penetrar en zonas oscuras del pasado para iluminarlas con largas y metódicas investigaciones. Es coautor de la única historia formal de **500 Años de Periodismo en México**. Poco después publicó una investigación acerca de Colón, **"El Almirante de las Mil Nacionalidades"**.

Su tercera obra, titulada **"El General Tomás Mejía Frente a la Doctrina Monroe"** (de la Biblioteca Porrúa), abarca la Guerra de Reforma, la Intervención y el Imperio, y contiene interesantísimas revelaciones que echan por tierra diversos sofismas que venían repitiéndose acerca de esa época de nuestra historia.

Otra obra de Reed es "**Los Restos de don José María Morelos y Pavón**" (Itinerario de una Búsqueda que aún no Termina), en la que se narra en detalle la acuciosa investigación que acometió –junto con su colega historiador José Manuel Villalpando– para precisar el paradero exacto de las cenizas del caudillo insurgente.

¿Y qué decir de su libro titulado **"El Panteón del Tepeyac y sus Residentes"**?... De su recorrido entre lápidas y cruces, Reed exhumó la historia y en cierto modo ha hecho revivir al Camposanto. En este libro pasan lista de presente –con sus respectivos hechos sobresalientes–, el general Juan Andrew Almazán, Emilio Dondé, Benito Gómez Farías, Antonio López de Santa Anna, Filomeno Mata, Bernardo Reyes, Luis Segura Vilchis, Xavier Villaurrutia y otros muchos personajes.

Otro volumen escrito recientemente por Reed se titula "**Episodios Desconocidos de México**". Nuevamente, en esta obra, se luce como investigador de lo oculto. Aclara puntos polémicos y despeja incertidumbres. Tiene una memoria formidable, pero jamás escribe de memoria.

Una de sus cualidades es que aborda los temas por los cuatro puntos cardinales. La versión de un conservador la coteja con la de dos o más liberales, y no contento con eso, recurre a fuentes del extranjero que están libres de prejuicios.

Cuando algún historiador de fama ha querido polemizar con Reed, se ha llevado graves descalabros porque éste no le contesta con un argumento, sino con muchos; y lo que es más divertido –para el espectador– es que varios de esos argumentos proceden del mismo bando en que milita el polemista contrario.

Ahora –en el presente libro–, Reed Torres nos muestra, con la elegancia de la claridad meridiana, variados episodios de la Segunda Guerra Mundial, tanto de actos heroicos como de crímenes nefandos; tanto de acciones temerarias triunfantes, como de otras terminadas en desastre.

Uno de los capítulos –referente a Marx y Engels– desbarata las nubes de propaganda arrolladora que durante 150 años han venido ocultando la auténtica identidad de Marx. Es lo más breve y a la vez lo más elocuente que se ha escrito sobre un comunismo que en presencia de rayos equis resulta carente de ideología, de economía y de filosofía.

Este joven historiador merece un reconocimiento mucho mayor del que ha tenido hasta la fecha. Aún no se le ubica en el sitio que corresponde a sus méritos. Pero es que en el México actual muchas cosas se encuentran fuera de lugar.

LIC. JESÚS F. BENÍTEZ

I

El Marino

MAGNA HAZAÑA SUBMARINA ALEMANA EN LA BASE DE SCAPA FLOW

- El U-47 Echó a Pique al Acorazado Inglés Royal Oak
- En Plena Boca del Lobo se Escuchó la voz de "¡Fuego!"
- Severo Golpe al Orgullo Británico en el Inicio de la Guerra
- Se Desvanece la Leyenda del Espía que Ayudó al Sumergible
- La Cruz de Caballero Para el Capitán Prien... y luego el fin

"Scapa Flow: una estrecha bahía difícil de alcanzar, en el grupo de las Islas Orcadas, en el extremo norte de Escocia, donde el mar está eternamente agitado por las violentas corrientes que proceden del Mar del Norte y se dirigen al Atlántico. Scapa Flow: importantísima base militar inglesa cuyas aguas, veinte años antes, constituyeron un inmenso féretro líquido paīa la flota de guerra de Guillermo II".

F. MARTINELLI

Una de las hazañas más brillantes de la flota submarina alemana durante la Segunda Guerra Mundial constituye, sin duda, el hundimiento del acorazado británico Royal Oak, de treinta y tres mil quinientas toneladas, el 14 de octubre de 1939, en la hasta entonces inexpugnable base de Scapa Flow. En su momento, aquel hecho obtuvo particular resonancia, tanto más cuanto que la conflagración alcanzaba apenas escasos cuarenta y cinco días de iniciada.

Günter Prien, de 31 años, comandante del submarino U-47, fue elegido entre tres oficiales para llevar a efecto tan peligrosa misión. Los capitanes Eastman y Henning ratificaban tal aserto cuando habían fracasado durante la Primera Guerra Mundial al operar en esas aguas y sólo habían conseguido que se convirtieran en su última morada. En otras palabras, las naves de Su Majestad Británica eran dueñas y señoras en aquella zona.

"Recayó mi elección –escribió años después el comodoro Karl Dönitz (luego Gran Almirante), jefe de los sumergibles– en el capitán de fragata Prien, comandante del U-47. A mi parecer, reunía para la empresa las necesarias cualidades militares y las aptitudes marineras que eran precisas. Le dí los antecedentes del plan y le dije que quedaba en libertad de aceptar o de rehusar el encargo. No quería saber su decisión antes de que hubiesen transcurrido 48 horas.

"Prien aceptó después de un concienzudo estudio de los supuestos de la operación y de maduras reflexiones". [1]

Así, internado en el mar del Norte, el U-47 pasó por alto varios mercantes de la rubia Albión y enfiló directamente hacia Scapa Flow. Ahí era la cita con el destino. Finalmente, a la una de la madrugada del 14 de octubre de 1939, Prien guió a su "lata de sardinas" –como se llamaba familiarmente a los submarinos– rumbo al objetivo determinado de antemàno. Ahora las paredes del pequeño buque rechinan macabramente cuando se desliza demasiado cerca de los cables sumergidos dentro de la bahía. Las manos sudan y las respiraciones son agitadas, muy agitadas. Por la mente del joven comandante y por la de su segundo, el primer oficial Endrass, pasan a vertiginosa velocidad las imágenes de sus compatriotas y antecesores caídos en el

---

[1] Dönitz, Karl, Gran Almirante, **Diez Años y Veinte Días**, Barcelona, Luis de Caralt Editor, 1965, 528 p., pp. 73-74.

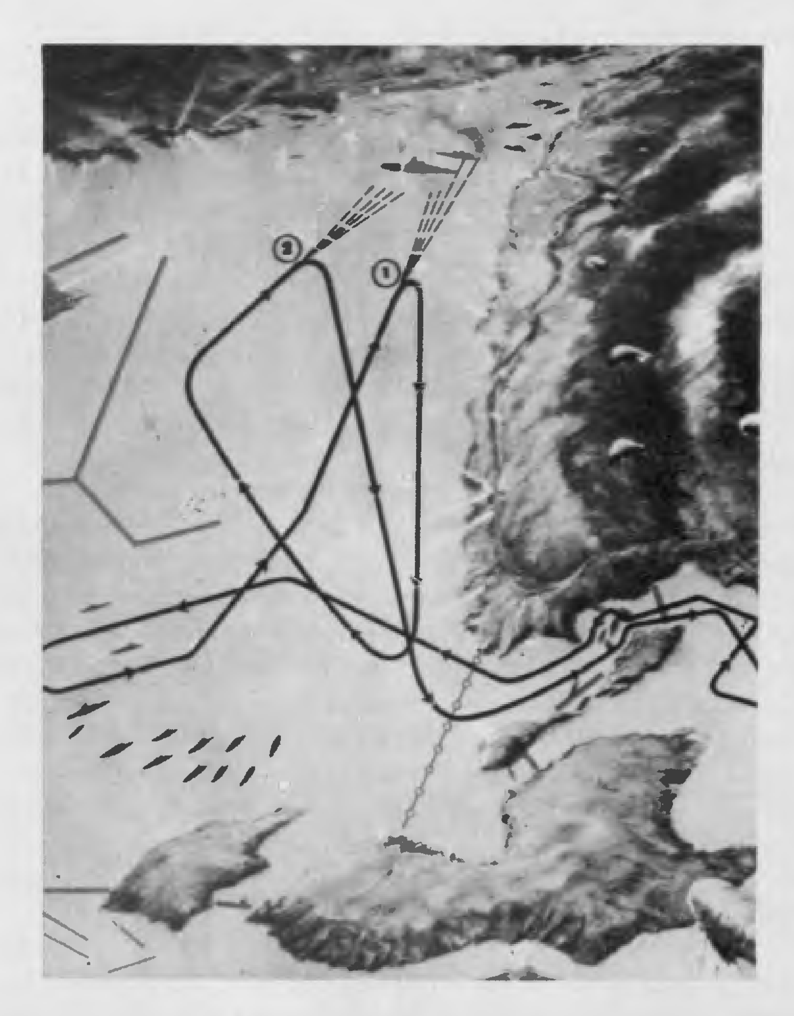
mismo intento poco más de veinte años atrás.

Pero todo esto sucede en pocos segundos. Lentamente el periscopio emerge en pleno centro de la bahía. Se busca no agitar las aguas para evitar que el enemigo se percate de la presencia alemana. Todo mundo está alerta ante el ruido del motor de una nave o de un avión. Empero, todo permanece silencioso. Clavado en el periscopio, en plena boca del lobo, ¡Prien no divisa nada! Sin perder la serenidad, el comandante hace virar lentamente el tubo de observación y de pronto se detiene bruscamente: ante sus ojos se dibujan las siluetas de varios buques. Dos de ellos son acorazados y significan la presa más codiciada que submarino alguno pueda pretender.

"¡Fuego!", ordena estentóreamente el joven marino. Y los tiburones de acero recorren ansiosamente el trayecto que los separa de su blanco. Son momentos de aguda tensión. De pronto, una explosión casi destroza los tímpanos de los tripulantes. Y es que el acorazado Repulse ha sido tocado; tan gravemente alcanzado que queda fuera de combate.

Veinte minutos después vuelve a sonar la voz de "¡fuego", y esta vez "se elevan luces rojas amarillas, anaranjadas. Es como si hubiera echado una ojeada al umbral del infierno", diría más tarde Prien. El Royal Oak, uno de los buques insignia de la flota inglesa, se hunde en pocos minutos con sus ochocientos tripulantes a bordo, perforado del vientre por los torpedos.

Los reflectores iluminan profusamente las ahora turbulentas agua de la bahía en busca del osado atacante. Dos destructores lanzan cargas de profundidad a diestra y siniestra. Todo inútil. Prien ha salido ya del punto peligroso y guía a sus hombres con mano hábil. El historiador italiano F. Martinelli recrea aquellos instantes: "La mar gruesa, las corrientes impetuosas ocultan al sumergible, que ha llegado ante el último obstáculo: es necesario aventurarse por el breve estrecho, bajo las bocas de fuego de los destacamentos ingleses que, sin embargo, continúan callados. Unas



Ruta del Capitán Prien. Ida y Vuelta

"... internado en el mar del Norte, el U-47 pasó por alto varios mercantes de la rubia Albión y enfiló directamente hacia Scapa Flow. Ahí era la cita con el destino".

decenas de metros, y luego, la salvación, el mar abierto, la posibilidad de subir a la superficie. Son minutos de tensión exasperante, hasta que por los amplificadores instalados en todos los puntos de la unidad alemana se oye la voz del comandante: 'Lo hemos conseguido. Estamos a salvo. La misión ha terminado' Un incontenible grito de satisfacción suena en la sala de máquinas, en las cocinas, en la sala de maniobras, en los boquetes de los conductos lanzatorpedos. La operación Scapa Flow ha terminado". [2]

El orgullo británico ha recibido un severo golpe y el propio Winston Churchill lo reconoce: "Este episodio, que fue una verdadera proeza del comandante del submarino alemán, sacudió profundamente a la opinión pública".

Por otra parte, una leyenda muy socorrida poco después de aquellos sucesos asentaba que doce años antes de la guerra del 39, un ex oficial de la marina del Kaiser, Alfred Wehring, se había establecido cerca de la base de scapa Flow disfrazado de relojero suizo bajo el nombre de Albert Oertel; que desde ahí espiaba cuidadosamente todas y cada una de las maniobras de los buques británicos; que descubrió que las entradas al puerto carecían de redes antisubmarinas, lo que facilitaría un ataque, y que finalmente comunicó lo anterior a Berlín, con lo que coadyuvó de manera decisiva al éxito de la misión de Prien.

En realidad, todo esto es falso según se desprende de las exhaustivas investigaciones que realizó sobre el particular el acucioso historiador húngaro-estadunidense Ladislas Farago, antiguo oficial de inteligencia naval, quien señala que como la hazaña de Prien parecía imposible sin auxilio naval y sin cartas de navegación recientes y atenido solamente a su propia astucia, las circunstancias fueron propicias para que floreciese la leyenda del espía que guió al submarino hasta su objetivo en las islas Orcadas.

---

[2] Martinelli, F., **Los Tiburones del Tercer Reich**, Barcelona, Editorial De Vecchi, S. A., 1971, 445 p., p. 140.

Tras referir todo el proceso de investigación por el que determinó, sin la menor duda, la inexistencia de Wehring-Oertel a partir de la consulta de gran número de archivos –navales y de inteligencia– y de registros de todo tipo, así como de entrevistas personales, Farago revela de este modo el origen de aquella fantasía:

"Un periodista centroeuropeo que vivía como refugiado en Nueva York fue quien creó la fantasía de Wehring-Oertel y quien fabricó toda la historia de su hazaña. Había destacado en su profesión en Europa, pero había tenido que pasar por épocas duras en los Estados Unidos, donde trató de establecerse como escritor en un idioma con el cual aún no se había familiarizado.

"Se le respetaba y confiaba en él como un periodista reputado con base en sus antecedentes. Encontró relativamente fácil, por consiguiente, colocar en el mercado sus confecciones sensacionalistas a las asociaciones norteamericanas de noticias, revistas y colegas escritores, inclusive a (Curt) Riess, quien estaba buscando material dramático acerca del escenario europeo, artículos que a la sazón tenían gran demanda en el mercado literario.

"Así fue como Riess obtuvo la historia, como nació Wehring-Oertel, como su supuesta hazaña entró en circulación, como la historia llegó al Saturday Evening Post. De esta fuente fue de donde las autoridades recogieron la versión. La comprobaron recurriendo al simple proceso de que un agente del MI.5 en Nueva York entrevistara al inventor y aceptara su veracidad tal como la expuso". [3]

El 18 de octubre de 1939, en Berlín, Prien fue condecorado personalmente por Adolfo Hitler con la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro. La Cancillería del Reich lucía sus mejores galas y la tripulación del U-47 rebosaba júbilo.

---

[3] Farago, Ladislas, **El Juego de los Zorros**, México, Lasser Press Mexicana, S.A., 1973, 651 p., p. 199.



HITLER IMPONE A PRIEN LA CRUZ DE CABALLERO

"El sueño de mi juventud se había convertido en realidad... Orgullo y felicidad... Eso fue lo que sentí en aquel momento. Mentiría si no lo reconociese".

Oigamos a Prien: "Hitler entró. Yo ya le había visto antes alguna vez. Pero nunca como en aquel momento solemne en el que comprendí cuán intensa es la vida. El sueño de mi juventud se había convertido en realidad... Orgullo y felicidad... Eso fue lo que sentí en aquel momento. Mentiría si no lo reconociese. El destino me ensalzaba en aquel instante... El Führer recorrió la fila de los marineros de mi submarino, estrechando la mano a cada uno de ellos dándole las gracias. Yo le seguía e iba mirándoles, hombre por hombre, sintiendo que mi corazón latía por cada uno de ellos".[4]

Momentos, pues, de suprema gloria...

Ocho de marzo de 1941. Günter Prien y su U-47 –convertidos ahora en verdadero terror de los mares junto con los submarinos U-99 y U-100, de los comandantes Kretschmer y Schepke, respectivamente– husmean un convoy inglés entre Irlanda e Islandia y van tras él. Especialmente impetuoso, Prien se aventura demasiado cerca y es descubierto por el destructor Wolverine, del comandante J. M. Rowland, quien ordena inmediatamente el lanzamiento de cargas de profundidad. Frenético por evadir al peligroso atacante, el U-47, tocado ya sin embargo en su mecanismo de propulsión, emite graves ronquidos que son captados rápidamente mediante el asdic –invento sonoro de los aliados durante la Primera Guerra Mundial para detectar a un sumergible bajo la superficie– y es de nuevo presa de las cargas de profundidad que sin cesar le lanza el Wolverine. Un destello brillante y una explosión, así como la aparición de restos metálicos y de madera y de enormes manchas de aceite en la superficie, son reveladores de su inexorable fin.

El U-47 paga de ese modo el tributo final y Prien reposa eternamente en las heladas y agitadas aguas del océano. "En la guerra contra el tráfico comercial marítimo –anotó Dönitz– había hundido 28 barcos con 160,935 toneladas

---

[4] Zentner, Christian, et al, **El Tercer Reich**, Madrid, Anesa/Noguer, 1974, Tomo III, 520 p., p.27.

brutas. Prien era un hombre completo, lleno de carácter y de temperamento, rebosando de fuerza vital y de alegría y totalmente dedicado a su profesión, para el cumplimiento de la cual la naturaleza le había concedido todas las dotes necesarias. Era el ejemplo de sus hombres. En la paz mostraba su entera dedicación al servicio de submarinos en frases como: '¡Un ejercicio de primera clase contra convoyes me gusta más que la mejor licencia!'. En la guerra siguió siendo, aún después de que su hazaña de Scapa Flow le había convertido en un personaje intensamente popular, el soldado franco, valiente y sencillo que siempre estaba dispuesto a realizar nuevas hazañas. Estaba muy comprometido conmigo". [(5)]

Y el propio Dönitz expresaría lo que sigue en su registro necrológico: "El héroe de Scapa Flow ha realizado su última patrulla. Nosotros, los del servicio submarino, nos inclinamos en señal de glorioso luto ante él y sus hombres. Cubierto por el inmenso océano, Günter Prien se encuentra, sin embargo, entre nosotros. Ninguna nave parte hacia el oeste sin que él la acompañe y sin que ella lleve consigo algo de su espíritu... Exuberante en brío juvenil y acometividad, será un perenne ejemplo para los combatientes submarinos".

Por su parte, el mismo Prien había dicho tiempo antes que "los submarinos nunca han constituido un seguro de vida".

Y ciertamente tampoco lo constituyó el suyo aquel ocho de marzo de 1941...

[(5)] Dönitz, **Op. Cit.**, pp. 182-183.

II

El Perdón

HITLER ANTEPUSO RAZONES POLITICAS Y ORDENO A LOS PANZER DEJAR ESCAPAR A LOS INGLESES

- En Dunkerque Estaban Copados 300,000 Soldados Británicos
- Pero el Führer Deseaba a Toda Costa la paz con Londres
- "Decisión Perjudicial que Influyó en la Contienda": Guderian
- En Pleno Triunfo, Hitler "Declaró la paz a Inglaterra": Cartier
- La Isla Jamás Estuvo realmente Amenazada de Invasión

"Nunca fue mi intención ni mi objetivo destruir al Imperio Británico. Al contrario, aun antes de comenzar la guerra le sometí proposiciones al gobierno inglés, pero fueron rechazadas con desdén".

ADOLFO HITLER

No aclaraba aún el 10 de mayo de 1940, cuando el frente occidental, que desde la declaración de guerra de Inglaterra y Francia a Alemania en septiembre de 1939 sólo había sido escenario de escaramuzas de realmente poca monta, cobró de improviso una inusitada vivacidad. Ese día la Wehrmacht comenzó la "blitzkrieg" que la conduciría a una rápida y sorprendente victoria que asombraría a propios y extraños.

En efecto, aún con la oposición o por lo menos el escepticismo de varios de sus generales que dudaban del éxito de la operación, Adolfo Hitler descargó el golpe principal sobre la región de las Ardenas belgas, que a la postre per-

mitió flanquear las líneas aliadas y abrir el camino hacia el corazón de Francia.

Y es que si bien Alemania lanzó a la ofensiva cien divisiones (1.500,000 hombres), enfrente se hallaban 155 divisiones (2.325,000 soldados) integradas por franceses, ingleses, belgas y holandeses. La desproporción en cuanto a blindaje también era enorme, pues "entre los franceses y los ingleses tenían 3,432 tanques, sin contar los anticuados Renault F.T., ni los tanques ligeros ingleses. Los alemanes comenzaron la campaña con 2,574 tanques, de los cuales 523 pertenecían al tipo Mark I ligero, y 955 al tipo Mark II, poco mejor que el anterior. Entre los restantes había 345 Mark III, 278 Mark IV, 106 Mark checos 35 y 228 Mark checos 38". [1]

Con todo, tres golpes sucesivos propinados por los alemanes desarticularon gran parte de las defensas aliadas y facilitaron el arrollador avance: la captura del fuerte belga Eben Emael, la toma de posiciones clave en el canal Alberto y la profunda penetración de 144 kilómetros en el extremo norte del frente, en Holanda. En las tres fulgurantes operaciones intervinieron paracaidistas y tropas aerotransportadas, en un novedoso concepto del arte de guerra que revolucionaría todo lo conocido y aceptado hasta entonces.

"Las fuerzas alemanas se enfrentaban a una abrumadora superioridad numérica –reconoce el eminente historiador militar inglés, capitán Liddell Hart–, pero la estocada tan profunda asestada al corazón de Holanda ocultó la debilidad de los invasores y creó una confusión paralizante... *Este golpe triple fue una idea personal de Hitler y su rea-*

---

[1] Irving, David, **La Guerra de Hitler**, Barcelona, Editorial Planeta, 1978. 666 p., p. 119.

lización había sido puesta en duda por la mayoría de sus generales". [2]

Por lo demás, el nuevo concepto de utilización del arma blindada (organizada fundamentalmente por el general Heinz Guderian y entusiastamente secundada por el Führer), así como la eficacia de la nueva Fuerza Aérea Alemana (Luftwaffe) permitieron el vertiginoso desarrollo de la ofensiva en la parte central del frente; y así, en tanto tres ejércitos franceses y el ejército expedicionario británico se aventuraban hacia el norte en apoyo del ejército belga y en dirección a la tenaza del general alemán Fedor von Bock, la tenaza del general Gerd von Rundstedt penetraba por el sur y los envolvía por el flanco y la retaguardia.

Para el 20 de mayo se había consumado virtualmente el envolvimiento de todas las fuerzas aliadas que combatían en Bélgica, y la tenaza de Von Rundstedt, cuya vanguardia encabezaba Guderian, atravesaba ya todo el norte de Francia y cercaba a los ejércitos belga, francés e inglés, cuyos efectivos ascendían en esa área a casi un millón de hombres. El 22 de mayo los alemanes estaban en el puerto de Boulogne y el 23 en Calais, y los panzer de Guderian iban a cerrar la pinza en Flandes. No quedaba sino la desbandada por el mar, por el puerto de Dunkerque. La victoria alemana, consumada ya, pudo sin embargo acarrear consecuencias mucho más funestas para los ingleses en caso de que hubiesen sido totalmente capturados en las playas, pues copados ya estaban. Pero...

Después de dos semanas de "blitzkrieg", en que la táctica y la estrategia alemanas, así como el espíritu de lucha y sacrificio brillaron intensamente, la Wehrmacht se detuvo súbitamente por órdenes directas de Hitler y contempló virtualmente impávida cómo se reembarcaba gran parte del

---

[2] Hart, Sir Basil Liddell, **La Defensa de Europa**, México, Ediciones Ateneo, 1951, 360 p., p. 12. Las cursivas me pertenecen.



General Heinz Guderian

"Así, todas las divisiones alemanas fueron llegando, una a una, a Dunkerque, donde permanecieron estáticas. El general Guderian considera 'funesta' la orden de alto de Hitler".

ejército expedicionario británico y escapaba a Inglaterra.

Lo cierto es que el Führer, admirador casi incondicional de la Gran Bretaña y cuyo imperio jamás había pretendido destruir según consta en muchísimas y muy variadas fuentes, había mandado hacer alto para no agraviar más a los ingleses. Pensaba aún en concertar la paz con Inglaterra (y de hecho posteriormente hizo un ofrecimiento formal que fue rechazado) y suponía que, viéndose derrotada en el continente, aceptaría entablar negociaciones que condujeran al inmediato cese de las hostilidades. De hecho anhelaba una alianza angloalemana frente a la URSS – contra quien verdaderamente deseaba combatir–, o cuando menos que Londres no interfiriera en su cruzada hacia el este.

Sobre el particular, Liddell Hart señala: "*Es asombroso enterarse ahora de cuántas concesiones estaba dispuesto a dar para obtener de ellos* (de los ingleses) *una solicitud de paz. Aun en el momento en que estaba en la cumbre de la victoria y los ingleses prácticamente desarmados*". [3]

A su vez, el mundialmente famoso periodista francés Raymond Cartier, muchos años director del "París Match", quien estudió minuciosamente los documentos alemanes en el curso del proceso de Nuremberg, revela lo siguiente: "El 19 de julio, en el Reichstag, con el fulgor de una victoria rutilante y en medio de doce mariscales flamantes, Hitler **declaró la paz a Inglaterra**. 'No veo ninguna razón para proseguir esta lucha...'. El gobierno británico ni siquiera se tomó la molestia de averiguar qué era lo que había querido decir exactamente el canciller del Tercer Reich y qué condiciones tenía pensadas para el caso".

Y agrega:

"Que Hitler no haya tenido la intención de destruir el imperio británico *se advierte claramente en las declaraciones que formuló más de cien veces* durante sus conversaciones privadas. Consideraba al imperio necesario para la

---

[3] **Ibidem**, p.16. Las cursivas me pertenecen.

organización del mundo, *aunque sólo fuera para impedir que llegara el bolchevismo a las masas miserables de Asia.* Perseguía con tenacidad la idea de una alianza que habría sido el preámbulo y *la garantía de una gran expansión continental de Alemania hacia el este.* Trasladar la guerra al suelo británico, tomar a Londres, infligir al cuerpo de Gran Bretaña el estigma de la derrota, era asesinar el proyecto". [4]

Líneas adelante, Cartier vuelve a ser categórico: "Curiosa claridad arrojada sobre este período de la guerra: Inglaterra *nunca* estuvo positivamente amenazada de invasión". [5]

Así, todas las divisiones alemanas fueron llegando, una a una, a Dunkerque, donde permanecieron estáticas. El general Guderian considera "funesta" la orden de alto de Hitler y dice que semejante decisión *"hubo de influir del modo más perjudicial en el curso total de la guerra"*. Añade que "quedamos sin habla", pero que "desconociendo los fundamentos es difícil rebatir una orden". [6]

Este crucial error de Hitler, aunque explicable desde el punto de vista político y diplomático, resultó desde luego desastroso para su propia causa, pero el Führer se mostraba empeñado en lograr la paz con los ingleses.

De ese modo, el general Günter Blumentritt, jefe del Estado Mayor de Von Rundstedt y posterior biógrafo de este Mariscal de Campo, expresó años más tarde que "la orden de Hitler tenía un motivo político" y que el Führer creía que "la guerra se terminaría en seis semanas". Asevera que Hitler suponía llegar "a una paz razonable con Francia y entonces el camino estaría libre para un acuerdo con la Gran Bretaña". A continuación asienta: "Luego nos sor-

---

[4] Cartier, Raymond, **Hitler y sus Generales. Secretos de la Segunda Guerra Mundial**, Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte, 1973, 252 p., p. 141. Las cursivas me pertenecen.

[5] **Ibidem**, p. 144. Cursivas en el original.

[6] Guderian, Heinz, General, **Recuerdos de un Soldado**, Barcelona, Luis de Caralt Editor, 1963, 301 p., pp. 73-75. Las cursivas me pertenecen.



General Günter Blumentritt

"Luego nos sorprendió (Hitler) al expresarse con admiración del Imperio Británico, de la necesidad de su existencia y de la civilización que Gran Bretaña había introducido en el mundo".

prendió (durante una visita de Hitler a Von Rundstedt) al expresarse con admiración del Imperio Británico, de la necesidad de su existencia, y de la civilización que Gran Bretaña había introducido en el mundo... Comparó el Imperio Británico con la Iglesia Católica, diciendo que ambos eran elementos esenciales para la estabilidad del mundo. Dijo que todo lo que quería de Inglaterra era que reconociera la posición de Alemania en el continente europeo". Y puntualiza:

"La devolución de las colonias perdidas por Alemania era deseable pero no esencial , y que hasta ofrecería apoyar a la Gran Bretaña con tropa si ésta se viera envuelta en dificultades en cualquier parte... Concluyó diciendo que sus miras eran las de hacer la paz con la Gran Bretaña y sobre una base que ella considerara aceptable siendo ésta compatible con su honor". (7)

Finaliza así Blumentritt sus consideraciones referidas al historiador inglés, capitán Liddell Hart: "Si el ejército británico hubiera sido capturado en Dunkerque, el pueblo británico hubiera pensado que su honor había sufrido una mancha y que ésta debía ser lavada. Al dejarlos que se escaparan, Hitler tenía la esperanza de conciliarlos".

Por su parte, el célebre general británico Desmond Young, prisionero de Rommel primero y posteriormente su biógrafo, atestigua lo que sigue sobre el asunto que me ocupa:

"Speidel era jefe de la sección primera del 9° cuerpo en Dunkerque y confirma que fue la orden de Hitler la que evitó que Von Bock usara los cuerpos blindados de Guderian y de Von Kleist contra los ingleses que se embarcaban. Si hubieran sido usados, ni un solo soldado inglés hubiera podido salir de las costas de Francia...". (8)

Y en otro lugar, Young anota: "El fin ya se preveía. Los franceses estaban evidentemente al borde de ser echados

---

(7) Hart, Sir Basil Liddell, **Los Generales Alemanes Hablan**, México, Ediciones Ateneo, 1952, 441 p., pp. 189-190.

(8) Young, Desmond. **Rommel**, México. Ediciones Ateneo. 1955. 290 p., p. 214.

fuera de la guerra, y los ingleses ya habían sido echados de Francia. Entre el 29 de mayo y el 4 de junio, más de 300,000 soldados ingleses habían sido embarcados en Dunkerque *gracias a la negativa de Hitler de echarles el blindaje alemán encima...".* [9]

En esas condiciones, sólo la Luftwaffe fue autorizada para realizar maniobras de hostigamiento y acoso sobre las playas, e impidió que los británicos embarcaran su equipo bélico. A fines de la primera semana de junio de 1940 concluyó la salida inglesa: casi 340,000 soldados pudieron regresar a su isla, en tanto que casi otra cantidad igual de franceses, belgas y holandeses quedaba prisionera de los alemanes.

Cuatro años más tarde, muchos de los ingleses que habían sido dejados escapar en Dunkerque desembarcaron con renovados bríos en Normandía y lanzaron la ofensiva final contra el Tercer Reich en compañía de los estadunidenses. Hitler había dejado escapar la victoria cuando la tenía al alcance de la mano.

Ahora era demasiado tarde...

---

[9] **Ibidem**, p. 74. Las cursivas me pertenecen.

III

El Cazador

"El Soldado más Valiente del Pueblo Alemán"

HANS ULRICH RUDEL RECIBIO LA MAS ALTA CONDECORACION QUE INSTITUYO HITLER

- Tenía 28 años, era Coronel de la Luftwaffe y Destruyó 519 Tanques
- También Hundió un Acorazado Soviético y 70 Lanchas de Desembarco
- Realizó 2,530 Misiones Aéreas en el Frente del Este
- Inválido, Volvió a la Lucha y Abatió 20 Carros de Combate más
- Cruz de Caballero con Hojas de Roble en oro, Espadas y Brillantes

"Héroe es, en todo caso –y en ello vienen a coincidir los diccionarios de todos los idiomas–, quien es capaz de esfuerzos eminentes de la voluntad y de la abnegación, que le llevan a realizar hechos extraordinarios en servicio de Dios, el prójimo y la patria"

ULRICH HARTLEBEN

"El coronel piloto aviador Hans Ulrich Rudel, el soldado más condecorado de la Alemania Nazi, murió hoy en un hospital de Rosenheim, dijo un vocero de la institución. Tenía sesenta y seis años".

Tal rezaba el cable de la Prensa Asociada recibido el 20 de diciembre de 1982 y publicado luego en diversos periódicos del mundo. Pero ¿quién fue Hans Ulrich Rudel y por qué se le distinguió con la más alta presea al valor militar?

Veamos.

Sobre los controles de un avión Stuka, Rudel combatió

desde el inicio hasta el último día de la Segunda Guerra Mundial. Primero en Polonia, luego en los Balcanes y finalmente en Rusia. Este excepcional soldado, que apenas rebasaba la veintena de años al comenzar la contienda y a quien con justicia podría calificarse de hombre de hierro, cumplió 2,530 misiones aéreas bélicas, hundió tres buques enemigos –entre ellos el acorazado soviético Marat, de treinta mil toneladas–, setenta lanchas de desembarco y destruyó 519 tanques rusos. Perdió una pierna en combate y terminó con la otra gravemente lesionada y escayolada. Recibió toda clase de condecoraciones, entre las cuales la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro con Hojas de Roble en Oro, Espadas y Brillantes. Es decir, Rudel ostentó la presea más alta que llegó a adjudicar Hitler, y ni siquiera Mariscales de Campo de la talla de un Rommel, Model o Von Bock obtuvieron nunca tan inusitado galardón.

A fines de 1941, Rudel, en una de sus memorables acciones de guerra, clavó su Stuka sobre el acorazado soviético Marat en el puerto de Kronstadt y lanzó un par de bombas con tal precisión que el buque se hundió minutos después.

Convertido en terror de los tanques rusos –protegidos por poderosa coraza de acero y con cañón antiaéreo–, Rudel los atacó y aniquiló sin descanso durante toda la guerra. Derribado en no pocas ocasiones por la artillería enemiga, logró, sin embargo, salvar la vida y retornar una y otra vez para bombardearlos y apoyar así los avances de sus compatriotas en tierra o proteger sus retiradas.

Tal fue su línea de acción, por ejemplo, durante la gigantesca batalla de Kursk –denominada también Operación Ciudadela– en el verano de 1943, cuando Hitler realizó el último esfuerzo por inclinar la balanza de la guerra al lado alemán.

En una de las tantas fases de aquel apocalíptico encuentro entre soviéticos y alemanes, Rudel participó intensa y destacadamente. Dice el historiador alemán Paul Carell: "Entre las escuadrillas de Stukas que bombardeaban las posi-

ciones de resistencia enemigas en el sector del cuerpo blindado de las SS se hallaba un piloto *cuyo nombre era conocido a ambos lados del frente: Hans Ulrich Rudel. Casi siempre intervenía en los puntos cruciales de las batallas.*

"Los Stukas se lanzaban en picado. Las bombas caían sobre el blanco con matemática precisión. Cuando Rudel divisó una columna de tanques rusos y comprobó que se había quedado sin bombas, recordó los ejercicios con el cañón de a bordo. Y se le ocurrió una idea que iba a causar grandes sinsabores al enemigo". [1]

Basándose en varias docenas de partes, el general soviético Shalin, jefe de Estado Mayor del Primer Ejército Blindado del general Katukov, informó que la Luftwaffe había puesto en servicio un nuevo avión dotado de una pieza antitanque que se lanzaba sobre los tanques como una comadreja en un gallinero. Los contrataques blindados rusos resultaban así fácilmente desbaratados por los pilotos alemanes, y las pérdidas aumentaron de manera alarmante.

"Los informes de un observador ruso –asevera Carell– resultaban difíciles de creer. El aparato se dejaba caer desde unos ochocientos metros, cogiendo desprevenida a la columna blindada. A cinco metros escasos del carro que cerraba la marcha, el piloto enderezó su máquina. Un fogonazo... y la explosión. El T-34 quedó destrozado. El avión se disponía a atacar el segundo carro, siempre por la parte posterior. Y así los iba aniquilando uno detrás de otro, haciendo blanco en su punto más vulnerable: el motor.

"El general Shalin ignoraba aún quién era el hombre que sembraba la destrucción entre sus blindados. Hans Ulrich Rudel, que había tenido la idea mientras regresaba del primer ataque el día 5 de julio, la puso en ejecución sin perder tiempo. Ya lo había experimentado en Crimea, y en esta coyuntura volvió a utilizar el Stuka con un cañón.

---

[1] Carell, Paul, **Tierra Calcinada**, Barcelona, Editorial Bruguera, S. A., 1970, 544 p., p. 62. Las cursivas me pertenecen.

"Puede decirse que en el saliente de Kursk –agrega el historiador alemán– nació la escuadrilla antitanque de Rudel –Stuka con un cañón contracarros de 3' 7 centímetros–, que junto al nuevo bimotor Hs 129, también dedicado a la lucha con los blindados, consiguió resonantes triunfos". [2]

Más adelante, durante una enconada batalla librada a lo largo de río Mius, en el sector sur del frente soviético, los restos de la 15a. división de fuerzas terrestres de la Luftwaffe y la 336a. división de infantería lograron romper un poderoso cerco soviético, si bien a costa de grandes pérdidas, merced al apoyo de las escuadrillas de Stukas que comandaba Rudel (30 de agosto de 1943).

En franco retroceso el frente alemán en Rusia, otro dramático enfrentamiento ocurrió en Kirovogrado, junto al río Dnieper, el mes de enero de 1944, cuando el general Nicolaus von Vormann, comandante de la acreditada 23ª división acorazada, se vio rodeado por numerosas fuerzas soviéticas. Con un supremo esfuerzo, Von Vormann hizo saltar el anillo de acero rojo que lo aprisionaba y recibió el eficaz auxilio del general Fritz Bayerlein, ex jefe de Estado Mayor de Rommel en el Afrika Corps y en ese instante comandante de la tercera división blindada. La temperatura era de 25 grados bajo cero...

En semejante ocasión, Rudel intervino de nuevo decisivamente en apoyo de sus camaradas.

"Muchos fueron los T-34 destruidos por los temibles 'cazacarros de la Luftwaffe' del teniente coronel Rudel –anota Paul Carell–. Con su escuadrilla adiestrada para combatir a los tanques, Rudel acosaba a los blindados rusos por los campos nevados entre Malie Viski y Gruskoie. Uno detrás de otro iban siendo víctimas de la implacable persecución, y lo que Rudel y sus camaradas no lograban, quedaba a cargo de los carros del 47° Cuerpo blindado. No se salvó

---

[2] **Ibidem**, p. 65.

ni un solo tanque soviético". [3]

De ese modo, con el sacrificio de unos y el heroísmo de otros, los soviéticos se vieron impedidos de lograr su objetivo principal, que era cercar al 8° Ejército Alemán, ni mucho menos aniquilar el flanco sur del frente anticomunista.

Dos percances particularmente graves enfrentó Rudel al final de la guerra. Uno a principios de 1944 en que, abatido por un antiaéreo soviético, tuvo que cruzar herido las heladas aguas del río Dniester, en Rusia, cuando estaba a punto de caer prisionero de los rojos. En ese episodio su ametralladorista, el sargento Henschel, llegó al límite de sus fuerzas al cruzar el río, se abandonó y pereció ahogado ante la dramática impotencia de Rudel. El otro suceso ocurrido al joven piloto acaeció en febrero de 1945, ya en las postrimerías de la contienda. Atacaba un tanque soviético –uno más– en un desesperado intento por frenar la marea roja que inundaba a Alemania y una granada enemiga fue a estrellarse directamente sobre su pierna derecha mientras cientos de esquirlas se clavaban en la izquierda. Operado de emergencia, Rudel logró salvar la vida, pero no su deshecha extremidad, que fue amputada. ¡Y con el muñón aún no cicatrizado del todo regresó al frente y abatió veinte tanques soviéticos más!

Un mes antes, en enero, Rudel había recibido del Presidente Szalazy, jefe del gobierno nacional húngaro, la Gran Cruz de la Orden al Valor, condecoración concedida sólo siete veces durante la guerra, por su defensa de este país ante las hordas bolcheviques.

Sin embargo, fue el primero de enero del año 1945 –último de la guerra– cuando Rudel vivió el momento culminante de su existencia: la entrega por Hitler de la condecoración que, por poseer Rudel ya todas las que existían en Alemania, se vio el Führer obligado a instituir como recom-

---

[3] **Loc. Cit.**, p. 396.



Rudel y Henschel en el Frente

(Rudel) "tuvo que cruzar herido las heladas aguas del río... En ese episodio, su ametralladorista, el sargento Henschel, llegó al límite de sus fuerzas, se abandonó y pereció ahogado".

pensa a sus últimas hazañas.

Hitler le dijo que se había hecho acreedor a la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro con Hojas de Roble en oro, Espadas y Brillantes, *"por ser usted el mejor y más valiente soldado con que cuenta el pueblo alemán"*. Esto último lo omite Rudel modestamente en sus Memorias y sólo refiere lo que sigue sobre ese día, el más brillante de su carrera:

"El Führer me tiende la mano, me felicita por lo que he hecho y me confiere la más alta condecoración al valor militar. Yo le oigo como en sueños cuando, con tono insistente, añade que desde ese momento se acabo el volar y que debo conservar mi experiencia para el país. Oír aquello me despertó... ¿Qué no iba a volar más? ¿Qué iba a tenerme que despedir de mis compañeros? ¡No!

"Mi Führer... si me prohibe usted seguir volando con mi escuadra no acepto la condecoración ni el ascenso a coronel.

"Su diestra todavía sostiene la mía y me mira firmemente en los ojos... Su mirada se vuelve sumamente seria; un leve estremecimiento recorre su rostro severo cuando me dice: 'Bueno, vuele nada más como antes'... Más tarde me cuenta Von Below (representante de la Luftwaffe en el cuartel general de Hitler, paréntesis de LRT) que tanto él como todos los presentes esperaban que les partiera un rayo cuando dí mi opinión en público". [(4)]

En esa ceremonia estuvieron presentes, entre otros, Hermann Göring, Mariscal del Reich y comandante en jefe de la Luftwaffe; Wilhelm Keitel, Mariscal de Campo y jefe del Oberkommando der Werhmacht (Alto Mando de las Fuerzas Armadas); Karl Dönitz, Gran Almirante y comandante supremo de la Kriegsmarine (Marina de Guerra Alemana); Alfred Jodl, capitán general y jefe de Estado Mayor del OKW, así como varios generales con mando en el frente del este.

[(4)] Rudel, Hans Ulrich, Coronel, **Piloto de Stukas**, Barcelona, Ediciones Acervo, 1966, 290 p., pp. 223-224.



Rudel Recibe la Máxima Condecoración

"¿Qué no iba a volar más? Mi Führer... si me prohíbe usted seguir volando con mi escuadra no acepto la condecoración ni el ascenso a coronel".

"La escena es fácil imaginársela –escribe el investigador alemán Ulrich Hartleben–, pero lo que no es tan fácil imaginarse es que pudiera existir en todo el Tercer Reich una persona capaz de contestarle así al Führer; que hubiera una persona capaz de, estando aún dándole la mano Hitler y tendiéndole con la otra una condecoración, decirle que no la aceptaba, ni tampoco el ascenso a coronel –¡a los veintiocho años y siendo militar de carrera!– si se le prohibía volar". [5]

Finalmente vino la derrota alemana y Rudel se rindió en un aeródromo ocupado por los norteamericanos en Checoslovaquia. "Mi avión es el primero que se posa en la pista. Un soldado americano viene corriendo, amenazándome con una pistola. Abro el techo de la cabina y alarga la mano hacia mi condecoración para arrancármela; lo rechazo para atrás y cierro de nuevo mi cabina. Creo que este contacto hubiera terminado probablemente mal si en este momento no llegan a intervenir unos oficiales americanos que se habían acercado en un jeep y echan de allí a su soldado tan codicioso". [6]

Rudel pudo conservar momentáneamente su condecoración y fue sometido a un severo interrogatorio. Un oficial aliado, asombrado de la cantidad de preseas que el prisionero portaba, le preguntó que cuántos muertos les habría costado todo aquello. Rudel contesto que ninguno, puesto que había luchado contra los soviéticos, no contra ingleses ni norteamericanos. Horas después, cuando el distinguido piloto dormía, le fue robada la Cruz de Caballero con Hojas de Roble en oro, Espadas y Brillantes.

Tras residir varios años en Argentina, Rudel regresó a Alemania, donde vivió sus últimos días. Murió de una hemorragia cerebral y durante su sepelio –al que acudieron

---

[5] Hartleben, Ulrich, **Ases de la Luftwaffe**, Madrid, Fermín Uriarte Editor, Tomo I, 1968, 330., p. 167.

[6] Rudel, **Op. Cit.**, p. 280.

más de dos mil personas -- varios aviones de combate con base en Bremgarten volaron a baja altura y realizaron diversas maniobras a manera de homenaje. Los pilotos de esa escuadrilla fundaron una hermandad tradicional y adoptaron el escudo que el propio Rudel llevaba en sus Stukas.

Finalmente, los asistentes al funeral dijeron: "Contaremos tus hazañas a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos..."

IV

El Atentado

Fatal Error de la Inteligencia Británica

FRAGUO UN ATAQUE DE COMANDOS PARA ASESINAR A ROMMEL Y SOLO LOS CONDUJO A LA MUERTE

- Profunda Preocupación por los Triunfos Alemanes en Africa
- Delicada Misión Encabezada por el Hijo de un Almirante Inglés
- Sigilosamente el Grupo se Deslizó al interior del Cuartel
- Breve, Pero Intenso Tiroteo Pasada la Medianoche
- Desastroso fin de la Expedición por Ignorar un Pequeño Detalle

"Los treinta que consiguieron desembarcar a pesar de la fuerte marejada, fueron divididos en dos grupos. Uno cortaría las comunicaciones telefónicas y telegráficas; el otro, al mando del teniente coronel Keyes, hijo del gran Almirante Keyes, llevaría a cabo el asalto al cuartel de Rommel".

WINSTON CHURCHILL

El año 1941 lo que al principio era guerra europea se había extendido ya al continente africano y las colonias italianas del área se encontraban gravemente amenazadas por las tropas británicas. El virtualmente nulo espíritu de lucha mostrado por los soldados de Mussolini en diversas escaramuzas –que no verdaderos combates– había sido factor determinante en las victorias inglesas. Italia estaba a punto del desastre a menos que ocurriese un milagro...

Y el milagro llegó y se materializó en la figura del general alemán –más tarde Mariscal de Campo– Erwin Rommel

quien, con golpes rápidos y devastadores, arrolló totalmente al enemigo. Su arribo al Africa de hecho significó para el Eje una serie de ininterrumpidos triunfos debidos más a su habilidad innata para realizar estratagemas que a los elementos humanos y materiales con que realmente contaba. Sus trucos se hicieron famosos en las candentes arenas y pronto fue conocido como "El Zorro del Desierto". Los papeles, pues, se habían invertido: ahora parecía que los ingleses estaban a punto de ser echados del continente negro.

Fue entonces cuando el general inglés Sir Claude Auchinleck –sustituto en Africa de su colega Sir Archibald Wavell, trasladado a la India por órdenes de Churchill en virtud de su fracaso frente a Rommel– fraguó con la inteligencia británica un plan para secuestrar o asesinar al jefe alemán.

Auchinleck estaba convencido de que la desaparición de Rommel desbarataría el poder ofensivo germano en el norte africano. Por añadidura, el Octavo Ejército británico se aprestaba a una contraofensiva, y si las tropas alemanas llegaran a encontrarse eventualmente sin su comandante reinaría el desconcierto y los ingleses podrían alzarse con la victoria.

Para el efecto Auchinleck y su Estado Mayor reunieron cien comandos y dos submarinos y los pusieron a las órdenes del teniente coronel Geoffrey Keyes, haciéndole particular hincapié en la importancia vital de la misión. Así pues, todo quedó en manos de Keyes y su selecto grupo, sometidos desde luego a intenso entrenamiento. El tiempo apremiaba... [1]

Al atardecer del 14 de noviembre de 1941, zarparon los dos sumergibles que se encontraban en Alejandría. Cada uno transportaba cincuenta hombres con su correspondiente

---

(1) Keyes era hijo del almirante Roger Keyes, quien en la primavera de 1918 había encabezado exitosamente un ataque inglés contra la base submarina alemana de Ostende.

equipo. Sin embargo, a poco de haber partido, una de las embarcaciones sufrió diversas averías y se vio obligada a regresar a la base en tanto que la restante continuaba el viaje. Una noche después, Tobruk apareció ante los ojos de los comandos, a quienes no les fue difícil alcanzar la orilla en sus botes plegadizos de caucho. Vestían uniformes negros y lucían el rostro pintado de carbón para confundirse con mayor facilidad en la oscuridad de la noche.

Y mientras veinte comandos se quedaron de guardia en los botes, los otros treinta se lanzaron al retador desierto en busca del cuartel general de Rommel que, según informes recabados, se encontraba en una villa grande situada en el centro del campamento alemán de Sidi Raffa, más allá de Tobruk.

Llegaron hasta un río lindante con las posiciones alemanas y esperaron dos días porque la hora cero se había fijado para la medianoche del 17 de noviembre. Por fin se lanzaron decididos a cumplir la misión y el teniente coronel Keyes, pistola en mano, encabezó a sus hombres armados con ametralladoras ligeras. Cuando estaban a punto de penetrar en la villa un centinela germano les marcó el alto y se entabló una lucha cuerpo a cuerpo. El guardia, un hombre corpulento, alcanzó a patear una puerta donde estaban sus camaradas, quienes salieron precipitadamente de aquella habitación. Keyes lanzó entonces dos granadas de mano y la explosión mató al suboficial alemán Kovacik. Entretanto, el teniente Kaufholz, hospedado en el primer piso del inmueble, tomó rápidamente su pistola y a la mitad de la escalera divisó a Keyes y al capitán Campbell, segundo de Keyes. Estos también vieron al alemán, quien sin perder un segundo, hizo fuego. Keyes cayó abatido en tanto Campbell disparó una ráfaga de ametralladora sobre Kaufholz. Herido de muerte, el oficial alemán aún tuvo arrestos para volver a hacer fuego y destrozar con un proyectil la pierna de Campbell, quien fue hecho prisionero momentos después. De esta forma los dos principales jefes de los comandos



GENERAL CLAUDE AUCHINLECK

"... fraguó con la inteligencia británica un plan para secuestrar o asesinar al jefe alemán... estaba convencido de que la desaparición de Rommel desbarataría el poder germano".

ingleses quedaron fuera de combate.

Un tercer oficial británico, Terry, pensaba continuar el ataque y de hecho se lanzaron varias bombas sobre diversas habitaciones del inmueble alemán, pero en ese momento se escucharon disparos en la entrada de la villa y Terry pensó que los alemanes contratacaban, por lo que decidió retirarse. Lo cierto es que, en la confusión, el teniente alemán Yäger había saltado de la cama en pijama y, sorprendido en el patio por un comando británico, fue acribillado y muerto por éste, lo que confundió a los ingleses que se hallaban dentro del recinto germano. Terry y dos de sus hombres pudieron escapar precipitadamente y llegar a las líneas británicas después de mil vicisitudes. El resto de los comandos, incluso los que habían quedado de guardia en la costa, fueron hechos prisioneros por los alemanes luego que pretendieron ocultarse al fracasar la misión. Los árabes los habían denunciado...

Tras la breve, pero intensa acción, los alemanes encontraron que en el vestíbulo del edificio atacado yacía un oficial inglés con el rostro pintado de negro: era Keyes. Según refiere el historiador alemán Paul Carell, Keyes "tenía un disparo en el pecho, que había atravesado toda la caja torácica y rasgado el corazón y los pulmones. En la cadera tenía un ligero rasguño. Al parecer, el disparo de la cadera procedía del sargento Lentzen (que había hecho fuego precipitadamente al inicio de la embestida británica, paréntesis de LRT). El tiro de muerte debía haber venido del teniente Kaufholz, ya que Keyes, según el informe posterior de Campbell, le había gritado en el momento del lanzamiento de las granadas y de los disparos de Lentzen: ¡Maldición, me han dado! En este momento, al resplandor de la explosión de las granadas había visto al teniente Kaufholz y vuelto a gritar a Campbell: ¡Cuidado, ahí baja uno! Y después cayó fulminado por el disparo de Kaufholz. Casi al mismo tiempo sonó la metralleta de Campbell. Y en el tiroteo subsiguiente



Mariscal de Campo Erwin Rommel

"... no estuvo en Sidi Raffa más de un par de veces. El servicio de espionaje británico padeció un grave error al creer que el general pasaba allí todas las noches".

la pistola de Kaufholz alcanzó a Campbell en la tibia". [2]

Salvado de la amputación de una pierna por un médico alemán, Campbell fue trasladado después a un hospital italiano en calidad de prisionero, en tanto que Keyes y los alemanes muertos en la refriega fueron sepultados con todos los honores militares en el cementerio de Beda Littoria.

Ahora bien, ¿por qué fracasó el ataque comando inglés contra Rommel, tan minuciosamente planeado y tan audazmente llevado a cabo?

La respuesta es tragicómica, pero significativa en cuanto a la manera en que se puede errar aun bajo el supuesto de que se tienen todos los elementos conducentes a evitarlo: en el momento del atentado, Rommel se hallaba en una recepción... ¡en Roma!

Oigamos al oficial Heinz Werner Schmidt, ayudante de campo del "Zorro del Desierto" durante la campaña africana:

"Fue una intrépida hazaña y una mala suerte para ellos (se refiere a los comandos ingleses) estar tan mal informados, pues aquel día ni siquiera estaba Rommel en Africa, por haberse trasladado a Roma, donde se daba una fiesta en su honor con motivo de su cumpleaños, en la que estuvieron presentes la señora Rommel y el general Von Ravenstein". [3]

Y agrega:

"La casa de Sidi Raffa asaltada por Keyes era, en efecto, una en la que Rommel, Gause, Cavallero, otros jefes y yo habíamos cenado cuando Rommel visitó por primera vez a 'Bombástico' (se refiere al general italiano Bástico, paréntesis de LRT) en Cirenaica, enterándose de la creación de su Grupo Acorazado de Africa. También se pensó destinarla a residencia privada de Rommel en la que pudiera descansar algunos días, lejos del Estado Mayor y los problemas béli-

---

[2] Carell, Paul, **Los Zorros del Desierto**, Barcelona, Librería Editorial Argos, S. A., 1961, 465 p., p. 76.

[3] Schmidt, Heinz Werner, **Con Rommel en el Desierto**, Barcelona, Editorial Juventud, S. A. Sexta Edición, 1968. 263 p., pp. 106-107.

cos. Debe recordarse que la ictericia le molestó bastante durante toda su estancia en Africa y que –a pesar de su vitalidad y su infinita energía en el frente– la mayor parte del tiempo fue un hombre enfermo.

"Pero Rommel no estuvo en Sidi Raffa más de un par de veces. El servicio de espionaje británico padeció, pues, un grave error al creer que el general pasaba allí las noches, sobre todo en aquellos días". [4]

Los servicios de inteligencia ingleses, de ordinario competentes en grado sumo, habían fallado esta vez en toda la línea, y la muerte del hijo de un distinguido Almirante de la flota, así como la de docenas de comandos constituían el incontrovertible testimonio.

Después de estos acontecimientos, Rommel paladearía aún muchas ocasiones la miel de la victoria, si bien a la postre la ingente superioridad aliada en hombres y material bélico determinaría el fin del Afrika Korps en mayo de 1943.

---

[4] **Ibidem**.